

# SOBRE ARQUITECTURA

Celia Fanjul\*



**E**l artículo que mis alumnos y yo queremos compartir con ustedes, es un texto de Diego Rivera publicado en 1924 recopilado por Raquel Tibol, y que pensamos viene hoy al caso para situar la función del arte en el diseño del siglo XXI. En alguna ocasión discutí con el arquitecto Salvador Duarte cuando era Jefe del Departamento de Métodos y Sistemas, ya que él pensaba que en la División y sobre todo en Arquitectura, no hay lugar para los artistas plásticos.

El arquitecto Duarte ignoraba que Mondrian fundador del neoplasticismo fuese pintor, y seguramente por ello los perfiles para las contrataciones de profesores temporales y de los ocasionales concursos de oposición excluyen a los artistas plásticos. También pienso que es importante abrir el debate sobre la cuestión del arte ya que el día 7 de marzo en Colegio Académico las autoridades colocaron al arte sólo como difusión cultural y al lado del deporte. Algunos profesores estamos inquietos por los criterios tecnicistas que están prevaleciendo para la selección de maestros y alumnos. La productividad sin calidad parece ser el futuro próximo para los criterios dictaminadores. ¿Pero estamos todos de acuerdo? Yo creo que aunque Rulfo no haya producido grandes cantidades de novelas es, sino el mejor escritor, para algunos, uno de los artistas más importantes del siglo pasado. O Duchamp, que aunque no fue prolífico si fue uno de los genios del arte de vanguardia del siglo XX.



Además pienso que este texto contribuye al interés que el profesor Lee, coordinador de la carrera de Arquitectura manifiesta en el artículo publicado en el número 95 de *Espacio Diseño*, en el que plantea la necesidad de interesar a los alumnos en el estudio de la historia, y también al de la profesora Amelia Rivaud sobre la necesidad de promover la lectura en nuestros estudiantes. Por eso pienso que este texto puede ayudar a dar solución a varios de los problemas que se han venido manifestando. Veamos pues el artículo de Diego Rivera:

\*Departamento de Tecnología y Producción

En el número de *Excelsior* del domingo pasado y por artículo publicado en la sección especial dedicada a la Arquitectura, se me declaró inodado en terribles crímenes cometidos contra esa bella arte, a la sombra

y por cuenta de la Secretaría de Educación Pública, según el criterio del firmante Juan Galindo, muy señor arquitecto, en glosa y comentario a una carta exculpatoria de Federico Méndez Rivas, jefe del Departamento de Construcciones de la Secretaría, muy señor ingeniero militar.

Simple pintor acostumbrado a los ataques de todo género, hechos por sabios entendidos y severos críticos, insignes anónimos, excelsos envidiosos, innumerables mediocres e ilustres mentecatos, hubiera dejado pasar el ataque sin gesto de defensa, pues ninguna hará que las personas cultas y decentes de México dejen de abominar de las pinturas de Diego Rivera.

Pero el terrible ataque contiene dos puntos que enturbian su claro regocijo: primero, una simple calumnia; segundo, un falso concepto sobre plástica; a ellos respondo:

Se asienta allí por el señor ingeniero que yo impuse modificaciones a la fachada, entrometiéndome en el sacrosanto terreno del arquitecto para provecho de mi decoración, crimen que, según el señor arquitecto, se agrava con atentados contra las intangibles leyes de construcción de escaleras y tales otros respetabilísimos preceptos y tremendos problemas sólo accesibles a quienes poseen el definitivo diploma de arquitecto titulado, ante el cual los simples mortales debemos abdicar de nuestros cinco sentidos y aun del sentido común.

Pero hay ciertamente un pequeño inconveniente: la arquitectura es una arte en que se trabaja con *formas y color en volumen*, es decir, un arte *plástico* más completo y más complejo, y el arquitecto es un señor que tiene que reunir en si mismo las dotes de un pintor y un escultor, si no, no es arquitecto. El señor Galindo parece ignorar que esas leyes de que habla



son comunes a toda la plástica, y que un pintor o un escultor que las ignore no es tal. Ellos, como el señor Galindo, han trabajado años por su conocimiento e investigado las posibilidades de creación plástica fundadas en ellos -y como para sus congéneres, así es el caso para el pintor

Diego Rivera- por eso ningún pintor ni ningún escultor puede ser un intruso en el terreno de la arquitectura, porque tan volumen, tan color, tan claroscuro tiene un edificio como una estatua, y la distribución lógica, razonable y útil a su objeto de una "planta", base de la razón de ser y la vida plástica de toda arquitectura, obedece a las mismas causas y leyes en un cuadro; más aún siendo la arquitectura un arte que emplea elementos menos imitativos y mas abstractos que la pintura y la escultura, el arquitecto tiene mayor necesidad de ser un obscuro plástico y poseedor del *don* indispensable y de la *intuición creativa* sin la cual el *conocimiento* no es nada, nada mas que un útil trabajo en mano impotente; por eso, señor Galindo, quien en cualquier parte del mundo aprende el cálculo necesario para cimentar, levantar muros, techar, etcétera, y durante cuatro, cinco o diez años "copia animalmente lo que los antiguos han hecho de más bello" (según el lema escrito sobre el muro del más ilustre taller de arquitectura de la Escuela de Bellas Artes de París), no es por ese hecho un arquitecto.

El conocimiento de la naturaleza, de la materia de que él se sirve y de las leyes mecánicas de la construcción, de la *óptica*, etcétera, es necesario al obrero plástico arquitecto, como un útil de trabajo y al mismo titulo le es útil el conocimiento de *estilos*; pero la posibilidad de ser *arquitecto* sólo puede dársela el *don artístico plástico* y eso, señor Galindo, se recibe o no con la vida, según

designios que ni usted, ni yo, ni nadie conocemos, pero que seguramente proceden de mucho más alto que los sitiales de los señores jurados del examen profesional.

Además, señor arquitecto, sin salir de nuestro medio, usted olvida que cuando aquí hubo arquitectura -no hablo de la aborigen, maravillosa; me concreto al día de ayer-, fueron un señor Tres Guerras, pintor y escultor, y un señor Tolsá, escultor y fundidor de oficio, de los que la hicieron mejor.

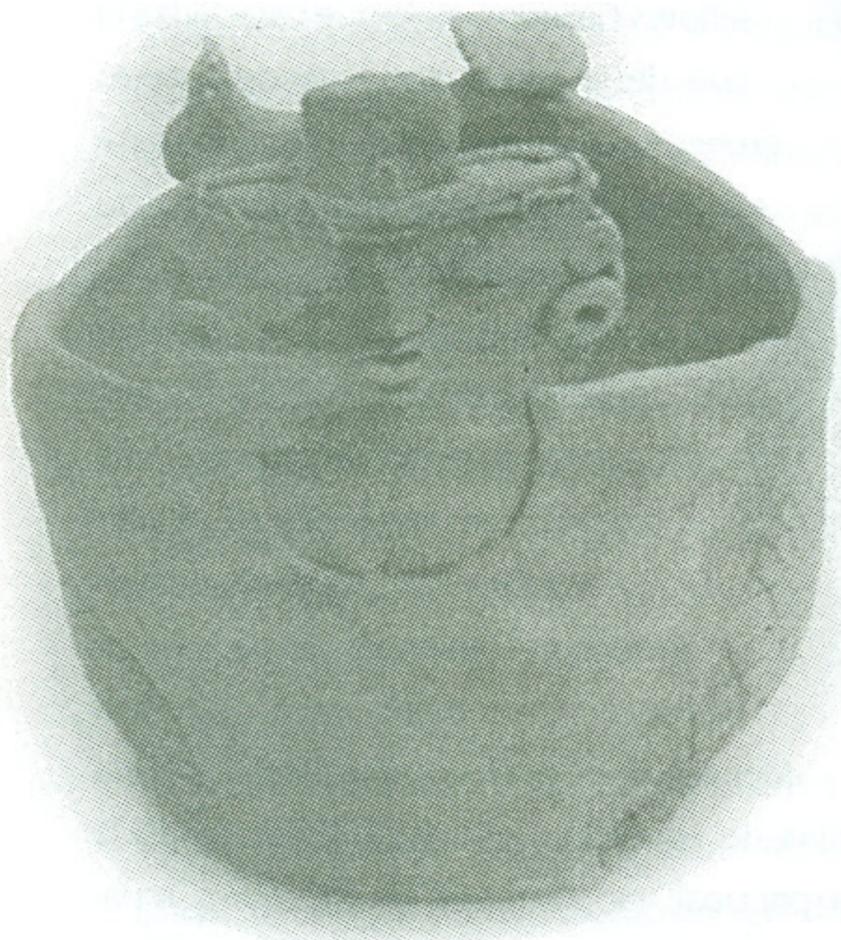
Y fueron cientos de maestros alarifes, miles de humildes maestros de obras, cientos de miles de canteros y albañiles de genio, quienes plastificando el ánimo popular, crearon ese estilo *colonial* que ahora



bajo pretexto de "Renacimiento Mexicano" se copia aquí tan mal, envilecido -vergüenza de México esta si que es- por la imitación inferior de los ensayos de los arquitectos yanquis, que como todos sus compatriotas de cultura superior, saben *ver mejor la belleza, apreciar el valor de la producción de arte mexicano que cualquier fifi vernáculo habilitado de un titulo profesional, gracias a los estudios que pagó su papá.*

Después de la nauseabunda imitación porfiriana, acrecentada por ilustres y viejos barrigones *pompier*s

franceses, por fabricantes de pastas y bombones o dibujantuelos francmasones, tejedores de holanes de enagua en mármol, italianos y secuela de nacionales falsificadores de los "Luisés" XIV, XV y XVI, ahora el arquitecto mexicano -no el arquitecto, que existe también-, elogia su instalación de excusados o el color nauseabundo de cajeta de leche rancia y desteñida con que envilece un muro o un patio "misió" de decoración de cine que él da por "colonial" diciendo: "Así se hace en los Estados Unidos", y esa pobre gente hija de la estética de Los Ángeles (California), es quien hace mofa, oposición y desprecios al esfuerzo de los primeros mexicanos mientras en el extranjero civilizado se despierta y



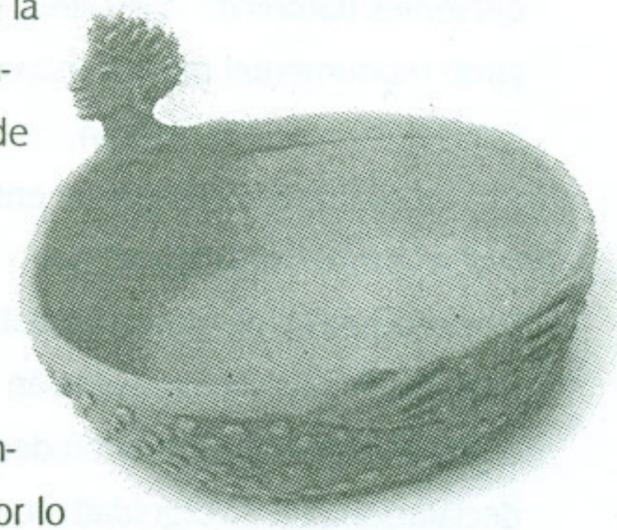
crece cada día el interés por él. Después de todo es actitud natural en bastardos segundos.

Por lo que toca a la pequeña parte personal mía, la declaración del ingeniero es falsa porque el decorado que hago está sujeto a los datos exactos del concurso convocado por la Secretaría, al cual entré instado por el Secretario mismo y en cumplimiento de mi deber de obrero que percibe salario de esa dependencia del Ejecutivo. Una sola modificación en un detalle de ínfima importancia pedí, y, por otra parte, la

junta convocada la decidió, y fue que el pretil de la plataforma central de la escalera terminase en ángulo recto y no en curvo, para encuadrar con la línea vertical producida, así como las figuras que a los lados de la puerta se hicieron según las bases del concurso.

En lo demás, se requirió mi intervención para opinar en problemas atañendo puramente a la arquitectura y dentro de mi perfecto derecho de obrero plástico opiné. Desde luego debo decir que cuando los arquitectos Macedo e Ituarte *vieron* el caso en la junta citada, así como las otras personas que la componían, unánimemente *decidieron la misma solución que había dado yo*, la cual después de todo solo comprobaba un poco de sentido común; pero a veces hasta eso falta, no sólo el talento. Como este es asunto de plástica, someto al juicio de los arquitectos que realmente lo sean las soluciones mías. El caso es éste una escalera demasiado estrecha y de setenta y cinco peldaños bajaba a enterrarse en el suelo delante de un maciso liso, dejando entre ella y el muro que circunda el edificio un considerable y extraño ancón intolerable al sentido plástico mas elemental y propicio solamente a escondite de parejas ilegales mientras no fuera demasiado empleado para subrepticio orinatorio y algo más. Se prolongaron hasta el muro de los escalones de la escalera-callejón y con esto se evito el ancón, y para que no se enterrara lamentablemente la escalera, se le dio una plataforma de acceso y eso fue todo.

En lugar de esa plataforma, el ingeniero proyectaba primero un desbordamiento de los últimos escalones sobre el muro de la fachada, con una planta paralelográmica de ángulos cortados, produciéndose un "descanso" delante del muro, y hasta ahora no se acostumbra que las gentes, por lo



menos en un cuerpo físico, penetren a través de los muros de piedra; el público no hubiera podido filtrarse por la pared, como el comendador. Después el ingeniero dibujó una extraña solución, un cono truncado escalonado, terminando siempre ante el impenetrable pretil, en un amplísimo "descanso" semicircular de ¡ochenta centímetros de diámetro! ¿Qué milagro de sutílización hubiera realizado al llegar allí las personas que desde la base de muchos metros de periferia hubieran subido? ¿Se trataba de un pedestal para centinela? ¿De una monumental atalaya para un gendarme? ¿O más bien de un nuevo deporte: "el muchos suben a ver quien llega"? Misterio... Secreto profesional. Contando yo el caso a varios arquitectos de talento, ninguno creyó mis palabras.

Se debatió entre muchas personas de la línea del muro de la escalera, porque la solución en quebrada descendente, al mismo tiempo rígida e inarticulada, a nadie satisfacía, y por muchos se opinó, y por mi también, preferir una recta, que si comete el pecado -contra las sagradas leyes de las escaleras intangibles- de que el borde superior del muro( que dentro de un concepto monumental no puede ser pasamanos, señores míos), no está a la misma distancia, aunque se conserva paralelo a ellos, de los planos inclinados de los diferentes tramos de la escalera, en cambio da al conjunto monumental mucho mayor sobriedad y fuerza. Esta solución se discute aún.

En cuanto a los cargos de entrometimiento y adulación que se me lanzan, digo únicamente que mi independencia de criterio artístico, social y político delante de la estética, posición y amistad de quien quiera que sea, me permiten declarar, respaldando mi declaración con mi dignidad, que cualquiera que haya

proporcionado a Galindo falsa información para su aseveración ligera e insultante, es un simple calumniador y un mentiroso vil. Y dicho esto dejo en este terreno la palabra no al funcionario público sino a José Vasconcelos, que es hombre que no me dejará mentir.

Por lo demás, si algo es interesante en este esfuerzo, hecho gracias a la *voluntad* y a la *videncia* de un hombre fuerte y valeroso en medio de la hostilidad mal escondida de las masas de ruines y mediocres, es que ha provocado y realizado la colaboración de muchos que hemos laborado en torno de él, como eje, para la realización en colaboración de las obras llevadas a cabo, y esa circunstancia, señores Galindos, es la que caracteriza el arte de la arquitectura cuando este es expresión de la necesidad y sentir populares, pese al tanto por ciento sobre costo de obras, reservado a los inmarcesibles profesionales, única e innoble inquietud causa motriz de esta ridícula tempestad dentro de una cubeta o alrededor de una cajeta.

Para finalizar, en apoyo de aseveraciones anteriores y para hacer historia, recordaré al ingeniero Méndez Rivas, por lo tocante al edificio de la

Secretaría de Educación, que en la solución de la fachada principal, proporciones de miembros ornamentales, colocación, volumen y carácter de las columnas, él no rechazó ni tampoco desaprovechó para la ejecución de su edificio, colaboración de este humilde pintor, y por lo concerniente a la pasarela que une las dos alas laterales del edificio y separa sus dos patios, pasarela que es sin duda ninguna el único importante detalle que algo de originalidad, carácter e interés presta al edificio (que comenzaron invalidándolo ingenieros sin ingenio de la época porfiriana), fue concebida y ordenada en su ejecución por José Vasconcelos, no arquitecto sino licenciado.





Ya que de licenciado se habló, diré al señor arquitecto Galindo que si Ricardo Gómez Robelo, a quien él llama piadosamente "aficionado", sustentará en un país de burguesía siquiera semicivilizada (porque aquí, por un curioso fenómeno, el pueblo del campo y la ciudad es civilizado, mientras que la burguesía es perfectamente bárbara), las conferencias sobre historia del arte que aquí desprecian los incomprensivos que están obligados a verlas "para pasar al curso", habría gente significada que emprendería viajes para ir a escucharlas y los trabajos que sobre arquitectura teotihuacana han hecho ese mismo Gómez Robelo, si estuviéramos en un país de esos que nuestros burgo-intelectuales admiran, hubiéranse levantado oleadas de vivísimo interés entre los hombres inteligentes de todos los oficios y especialmente entre los verdaderos arquitectos.

Pero después de todo ustedes tienen la razón, señores Galindos; porque no estamos más que en la ciudad de México y a veinticuatro de abril de mil novecientos veinticuatro.

Nota bene:

A los arquitectos y personas sensatas, a quienes interese este asunto, les suplico pasen a la obra del estadio para que den perfecta cuenta de la solución dada a la ya célebre escalera y fachada por la junta y por mí.

\*Publicado en el periódico *El Universal* 28 de abril de 1924.